

# Los efectos de la crisis en la subjetividad<sup>1</sup>

*Adrián Liberman L.<sup>2</sup>*

---

## Resumen

A partir de reflexiones vivenciales y de ejemplos clínicos, el autor intenta dar cuenta de los efectos que la crisis socio-política de Venezuela tiene en la subjetividad. Plantea que la psicosexualidad ha ido siendo sustituida por el malestar social, y que ello plantea desafíos para la teoría y la técnica psicoanalítica. Concluye sosteniendo la necesidad de un estatuto ético de compromiso con la realidad social por parte de los psicoanalistas para mantener la vigencia de su práctica.

---

La honestidad intelectual y científica, demandan la explicitación de los presupuestos de quien la ejerce. La posibilidad de que las ideas sean sometidas a la crítica pasa por hacer transparentes los antecedentes, como el particular posicionamiento teórico del pensador.

Así, el presente trabajo no surge por azar, sino que como todo acto psíquico está sobredeterminado, es efecto de diversas causas y obedece a distintos propósitos. Es un síntoma, tal como los psicoanalistas entendemos el término, es decir un intento de dar cuenta de conflictos y de yugular ansiedades.

Dicho lo anterior, intentaré hasta donde me sea posible, comunicar las motivaciones y las metas que tiene el abordaje de este tema en el marco de nuestro encuentro:

---

<sup>1</sup> Trabajo presentado en el Encuentro Anual de la SPC 2011.

<sup>2</sup> Miembro titular de la Sociedad Psicoanalítica de Caracas, de la Federación Psicoanalítica de América Latina (Fepal) y Asociación Psicoanalítica Internacional (IPA).

- En el marco de mi experiencia clínica, el sufrimiento de las personas y sus causas acusa un desplazamiento. La psicosexualidad, tal como la describía Freud en sus historiales, como motivo para demandar un análisis va en declive. El malestar de mis analizandos está crecientemente colocado en el “afuera”, en el tejido social. Esa trama se siente insuficiente, es una malla demasiado débil, endeble para contener a los individuos. Las mutaciones de la sociedad se sienten abruptas, traumáticas, violentas. Esta fuente de sufrimiento reclama, para mí, un estatuto propio, no retraducible a los avatares de la psicosexualidad, irreductible a los esquemas de proyección-introyección que forman parte del edificio teórico psicoanalítico.
- Por razones enteramente personales, tengo tiempo inmerso en la labor de anudamiento del psicoanálisis, como ciencia y terapéutica de la subjetividad y lo social. Considero una necesidad teórica, pero también ética, abrochar el psicoanálisis con otros discursos, poner en tensión sus enunciados, someterlo a la crítica. Pero, también, abogo activamente por contribuir a que el psicoanálisis y sus practicantes tomen el camino de la plaza pública. Que sean “políticos” en el sentido que los griegos atribuían al término, que quiere decir “habitantes de la polis”. Así, descreo de una praxis que no se oriente a tener influencia en la cultura, que no encuentre o cree vasos comunicantes con la sociedad dentro de la que se inscribe. Esto pasa por hacer presencia en los medios masivos de comunicación, en hacer uso de su poder y capacidad de penetración. En ese propósito me encuentro bastante solo.
- Ya he hecho intentos de pensar las mutaciones socio-económicas desde la vertiente psicoanalítica. Así, en el año 2005 escribí y publiqué un artículo que reclama al desempleo como categoría clínica. El trabajo de hoy es tributario de ese primer intento.
- Las consideraciones vertidas aquí son producto de la experiencia clínica individual. Esto tiene que ver con el estatuto que la investigación tiene en psicoanálisis. Son observaciones hechas por una sola persona, con otras pocas, si se tiene en cuenta el tamaño de la población. Ello constituye una marca distintiva acerca de la posibilidad de generalizar los hallazgos clínicos y remarca la necesidad de colocar al psicoanálisis en contrapunto con otras ciencias.

Hechas estas aclaraciones, haré un primer intento de teorizar acerca de las características sustantivas de la sociedad venezolana, especialmente la de los últimos doce años, a fin de poder abordar la clínica de los mismos.

## Institución-Destitución-Astitución

Si hubiera que resumir sucintamente el conflicto sustantivo de la sociedad venezolana del último decenio, creo que esto sería la pugna entre capital y Estado. Venezuela vive los efectos de un intento de hipertrofiar la presencia del Estado, en desmedro del capital, con sus particularidades en la producción de subjetividad. Obviamente, lo anterior es producto de una ideología, cuyas motivaciones no me interesa analizar ahora.

La nuestra es una sociedad que experimenta un paso del capitalismo recombinante, a la de un Estado omnipresente. En el primer caso, la subjetividad experimenta la difuminación de la identidad. La persona existe en tanto tenga una función al servicio de la circulación de mercancías y del aumento de las ganancias. No hay una institución permanente de la identidad, sino “identidades *had-hoc*”, permanentes reinversiones de sí para sobrevivir. Este capitalismo recombinatorio hace que la subjetividad mute según las necesidades del mercado, que el lugar en las mallas relacionales pendule según el lugar en las cadenas productivas.

El efecto sobre la imagen de sí y su lugar frente al Otro es el de la “astitución”, es decir la carencia de instituciones, de referencia fijas que garanticen ese lugar, con su consecuencia de angustia.

En reacción a lo anterior, aquí hay un Estado que busca deliberadamente destituir para instituir luego. La hiperpresencia del Estado en la vida de los individuos busca dotarlos de referencias fijas, de anclajes que les dé el estatuto de existentes, en tanto ningún cuestionamiento sobrevenga.

A una imagen de sí en fuga, siempre parcial, incompleta, en Venezuela hay un intento de una institución de una imagen coagulada, una subjetividad provista, como todo, por el Estado y su omnipotencia. El Estado destituye; borra, por impulso, referencias completas para instituir las suyas. El papel del Otro, en tanto Amo de todos los significantes, es asumido deliberadamente. Venezuela sufre de una metástasis de la palabra vacía, de un intento de detener la cadena de significantes y coagularla en ideología. Pero paradójicamente, lo que hay es gente que habla mucho para no decir nada.

La imagen, precede y casi prescinde del objeto. El “hombre nuevo”, sea eso lo que sea, no está interesado en contrastar la distancia con el objeto, sino que se le impone. Uno de los resultados es la extrema polarización, la oposición de categorías que se convierte en un semblante del odio, este bajo el signo de la ideología.

Esta confrontación, esta pugna tiene efectos en la subjetividad, en el sentimiento de sí de las personas.

Intentaré catalogar algunas de ellas. Asumo que puede haber muchas otras que desconozco. Estas provienen de mis analizandos; no pretendo hacer una lista rígida, he visto como más de una pueden darse simultánea o sucesivamente en una misma persona. También, intentaré dar somera cuenta del eco que esto tiene en mi práctica analítica. Como no creo poder generalizar de manera omnipotente, hablaré de los efectos en mi subjetividad analítica, en contrapunto a la de mis pacientes. Con ello manifiesto la esperanza de que algo de mi experiencia personal pueda servir a otros. Así, tenemos:

### *El colapso narcisista*

Esta manifestación se presenta bajo el signo de la ansiedad magnificada. Es la consecuencia de la imposibilidad que tienen los significantes con los que se representa a sí mismo alguien para dar cuenta de su nueva situación. Es el paso traumático de un lugar, asumido como fijo, a otro para el cual el sujeto no tiene espacio. Es la consecuencia del desfallecimiento de las representaciones de sí. Representa el paso de una posición a la de, por ejemplo, expropiado, cesanteado, perseguido, quebrado. Fernando, quien llega a consulta por una ansiedad que raya en el pánico dice:

De la noche a la mañana me quedé en la calle, un decreto el domingo y ya está, mi empresa no es mía, sino del gobierno. Ahí estaban mis proyectos, mis metas, años de esfuerzo. Ahora no me hallo, no puedo encontrarme sin nada que hacer, sin tener nada por lo que pararme en las mañanas, algo por lo que luchar. Pasé de dueño a desempleado, de todo a nada sin aviso, sin nada que me alertase...

Para esta persona, la realidad y sus modificaciones son catástrofes. Son destituciones subjetivas de la peor especie. Los ideales del yo, la representación de sí queda sobrecedida por los acontecimientos y la vivencia predominante es la de pasar a ser un dinosaurio, un ser sin vigencia alguna en el nuevo entramado relacional.

### *La afánisis*

Este nombre designa un estado descrito originalmente por Jones (1920) y alude a la desaparición de todo deseo. La persona deja de sentir ansias, ganas de acometer nada. Es un efecto particularmente inquietante, si se asume que el desear es parte sustantiva del funcionamiento psíquico. La afánisis es una estrategia defensiva. Parece más inteligente no desear nada, pues así nada se pierde. Este particular posicionamiento se muestra como

desmantelamiento, como desarbolar la dimensión deseante, para prevenirse del deseo y de su circuito siempre problematizante. La clínica es la de la indiferencia, la de la imposibilidad de hacerse de proyectos, el fantaseo se hace plano, la vida mental se empobrece como recurso ante la frustración que se anticipa.

María, que viene experimentando el fracaso continuado en su empeño por conseguir empleo dice:

Ya no me interesa poner empeño en nada. No me paro temprano a revisar los avisos, sé que no voy a encontrar nada para mí... ya no me importa tener o no tener trabajo, mejor no espero nada y así no me frustró... cada vez me interesan menos cosas y me estoy convenciendo que mejor así...

Independientemente del cortejo melancolizante y rayano en la catatonía de este ejemplo, lo que me interesa destacar es la transacción yoica que la paciente hace. Prefiere extinguir su deseo y sus manifestaciones antes que exponerse a los efectos de un medio del cual la frustración es su única respuesta posible.

Aquí me interrogo acerca de cuánto de la neutralidad y abstinencia es posible sostener en la cura de estos pacientes. Puede que lo pertinente sean intervenciones del orden del acto, acciones que ayuden a estas personas a reinsertarse dentro de un circuito en el cual los deseos se jueguen. Hablo aquí de prescripciones, proscipciones, el recurso a la medicación, entre otros. Estos casos ponen en tensión la posibilidad de la palabra y su poder y siguiendo a Stein (1988), resguardan al analista de la omnipotencia. Hablo aquí de la asunción deliberada, calculada de maniobras que intenten el retorno de la dimensión deseante. Se trata, para el analista, de los principios técnicos de la neutralidad y abstinencia puestos en máxima tensión.

### *La insignificancia*

Este término alude a un efecto en el cual el individuo experimenta no tanto una pérdida de lugar, sino el de la importancia relativa del mismo dentro del tejido vincular. Es más una alienación, en cuanto a que lo distancia de la posibilidad de incidir sobre el entorno y modificarlo. Es un trastocamiento de la brújula ética, pero en la dirección de “no valer nada”, distinto al “vale todo” que caracterizó la posmodernidad. La dimensión ética del individuo, aunque los psicoanalistas intentemos sustraernos de influir sobre ella, tiene importancia metapsicológica como clínica.

Los ideales y su persecución nos dan luces acerca de la conformación del

*super yo*, dato capital en lo clínico, como también del proceso de sublimación y sus vicisitudes. La sublimación, tan difícil de aprehender, es un resorte de la cura (Korman, 1996) y una baliza en la dirección de la misma.

Veamos un ejemplo, Alberto, dirime en análisis su proyecto de emigración, de sumarse a la diáspora de venezolanos:

En parte me quiero ir porque siento que da lo mismo estar aquí o no. Ellos (los gobernantes) tiene su plan, no hay nada que pueda hacer para que eso cambie. ¿Qué diferencia puede haber, uno más, uno menos? Yo no creo que mi opinión sea importante, que se pueda hacer algo para cambiar este infierno...

Lo que esta persona manifiesta, en este fragmento, es la presencia de una idea de ser nulo, de no aportar nada en ninguna dirección, por ende ser insignificante. Son las manifestaciones nefastas de una licuefacción de la subjetividad, un sentimiento de falta de articulación entre el yo y el nosotros.

### *El ataque de pánico*

El ataque de pánico representa el epítome de la ansiedad, del sentimiento de peligro que no encuentra representación, anudamiento simbólico que lo modifique. Es la vivencia de muerte inminente, de un peligro que no puede ser yugulado mediante la acción específica. El pánico es el clímax del desamparo, y en el mismo las señales corporales, neurovegetativas se presentan sin la dimensión simbólica que “abroche” las mismas.

Carolina acude a consulta por presentar ataques de pánico que sobrevinieron luego de ser testigo de un asalto y secuestro extremadamente violento:

Cada vez que recuerdo como esos tipos encañonaron a todos, siento que me voy a morir del miedo. Tenían las pistolas preparadas, se veía que estaban dispuestos a todo, se ensañaron con los que estábamos ahí, yo me vi muerta, pensando que la vida no vale nada.

El pánico es lesivo porque quien lo padece siente que la angustia sobreviene sin que pueda controlarla. No solo es señal de peligro, sino que representa la condición de inermidad, de la falta de lo simbólico para entender y modificar la situación.

### *El fanatismo*

Este aspecto no es precisamente un fenómeno clínico. Parece ser más

bien un efecto que transversaliza a todas las estructuras, a todas las personas. De hecho, lo incluyo en esta presentación a partir de una relectura, nada casual y si sobredeterminada del libro *Contra el fanatismo* del escritor israelí Amos Oz (1995). Me ha tocado ver cómo cualquier persona es susceptible de convertirse en fanático. Desde colegas y doctos intelectuales hasta individuos con poca o ninguna formación académica.

El fanático es básicamente un ser asustado. Alguien atemorizado ante la variabilidad que la realidad le demuestra. Su afán de una única verdad, su verdad, es síntoma de un temor que se manifiesta en polarización y odio. El fanático tiene una visión paranoide del mundo. Recela y teme de lo que se aparte de su cosmovisión. Está asustado pero coloca el miedo afuera. Es el conocido mecanismo de identificación proyectiva el que signa su funcionamiento mental. El fanático debe distinguirse del apasionado. Es posible expresar ideas y sentimientos de forma vehemente y eso no es fanatismo.

Yo, particularmente, me considero un apasionado de la democracia y el Estado de Derecho. Dos cosas que si no existen hacen que el ejercicio del psicoanálisis no sea posible. Dos cosas que me interesa defender por interés profesional si lo quieren así. Pero dos cosas también indispensables para que mi hijo pueda crecer y hacerse un hombre de bien, por lo que me siento obligado a ayudar a preservarlas. En su nombre y en el de todos los niños de Venezuela.

El fanatismo produce sufrimiento, a quien lo practica y a quienes lo rodean. Quizás si el psicoanálisis fuese un discurso más presente en la cultura y la tesis de que la polarización es semblante de odio y temor circulase más ampliamente, el fanatismo prendería más difícilmente.

Como se verá, para mí esto constituye una necesidad ética, un corolario inevitable de mi práctica como analista.

Lo anterior, que busca resumir algunos aspectos de mi práctica clínica reciente, no creo que sea exclusivo. Aventuro que mucho de lo descrito se reitera sobre los divanes de los colegas, en los consultorios de los psiquiatras, en los centros de salud mental.

La encrucijada que se plantea para muchos es la de ser tomados por completo por la discursividad del Estado que funge de Amo o la de perder toda visibilidad, el pasaje a la no existencia.

¡Atención! El péndulo en el extremo contrario también tiene consecuencias en la subjetividad y, por ende, en la clínica. El capitalismo recombinante, ese que dota al individuo de imágenes tan cambiantes que hacen de la identidad una tarea faústica, merced a la velocidad con la que las imágenes mutan tiene sus bemoles.

Solo que este no es el caso de Venezuela, de 1998 a nuestros días. Por ello reitero mi postura acerca de la cultura como fuente autónoma de subjetivación y, por ende, de sufrimiento. Y por ello insisto también en la pertinencia de un psicoanálisis que haga referencia al lugar y momento en el que se practica. Agrego otro tópico en este momento, solo para asentararlo y dejarlo a debates futuros: ¿cómo es modificada la práctica del psicoanálisis por las circunstancias actuales? ¿Estamos atentos a este pendular de lo social o mantenemos una praxis refractaria a ello? Me atrevo a plantear que nuestra praxis, nuestra formación y las maneras en que nos encontramos son poco permeables, o pretenden serlo, a las mutaciones del afuera aquí resumidas.

Mientras el “afuera”, las referencias a lo sociopolítico en boca de nuestros analizandos se siga viendo como categoría marginal, pantalla de proyecciones, discurso resistencial, seguiremos siendo pocos y con escaso lugar e influencia en la cultura. Y los acontecimientos continuarán transformándose en forma vertiginosa, amenazando con dejarnos atrás, convirtiendo el filo subversivo de Freud en una herramienta roma y sin razón de existir.

Caracas, marzo de 2011.

### Referencias bibliográficas

- KORMAN, V. (1996). *El oficio de analista*. Buenos Aires: Paidós.  
OZ, A. (1995). *Contra el fanatismo*. Barcelona: Bruguera.  
STEIN, C. (1988). *Los límites de la palabra*. Barcelona: Gedisa.